

CONQUISTA[®]

noviembre/diciembre 1989

CRISTIANA

**CAPACITANDO
PARA LA ACCION!**

Restauración de la ciudad de Dios — *Charles V. Simpson*
Unidad en el vínculo de la paz — *Hugo M. Zelaya*
Uno + Uno = supervivencia — *Charles Swindoll*
La oración del guerrero — *Larry Lea*

Restauración de la ciudad de Dios

¿Qué parte tiene usted en la edificación de una Iglesia gloriosa?

Por Charles Simpson

El propósito eterno de Dios es glorificarse por medio de la Iglesia. La Iglesia es y seguirá siendo la luz del mundo. El Señor mismo es la Luz de la Iglesia.

En Apocalipsis capítulo 21, Juan vio la ciudad de Dios, y el ángel la llamó la novia, la esposa del Cordero. Estaba radiante y gloriosa. Juan escribió que el Cordero es la lumbrera de la esposa y la esposa es la luz del mundo.

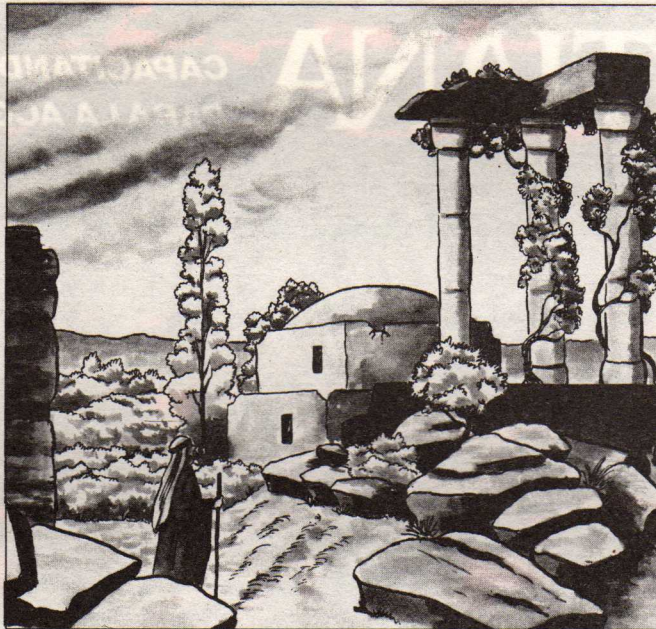
La ciudad de Dios, la Iglesia, es identificada también como la "Nueva Jerusalén." La Biblia enseña que lo que la Jerusalén natural era para el reino de Israel, la Nueva Jerusalén, la Iglesia, será para el mundo redimido (vea Gálatas 4:21-31).

Cuando la reina de Sabá vino a Jerusalén (2 Crónicas capítulo 9) y vio la gloria de Dios, se quedó sin aliento. Apocalipsis 21 dice que los reyes de la tierra vendrán a la Iglesia de la misma manera. En realidad, esto ya ha ocurrido en ciertas épocas de la historia. Los reyes de la tierra han venido a la Iglesia para ver la gloria de Dios.

Pero, ¿volverá a suceder eso de una manera perfecta? ¡Sí! Ciertamente, aunque la secuencia de los acontecimientos nos pudiera ser desconocida, o la forma en que ello ocurrirá, esta debiera ser la convicción de todo creyente.

Por lo tanto, debemos tener una visión de restauración. Muchas demostraciones, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, indican que la restauración está en el corazón de Dios.

La vida de Nehemías, un hombre judío que sirvió como copero a un rey persa, es un ejemplo. Ocurrió en un tiempo de oscuridad para el pueblo de Dios. Muchos judíos habían regresado a su devastada



patria después de un largo período de derrota y cautiverio. Pero Nehemías permaneció en Persia. Había tenido cierto éxito, aunque en cautividad, y se había puesto a prueba con su diligencia y su gracia. Había alcanzado una posición muy importante de mayordomo con acceso directo al rey más poderoso del mundo en su tiempo.

La carga de Nehemías

Entonces un día, lo visitó un hermano que había regresado recientemente de Jerusalén. Nehemías preguntó sobre la condición de Jerusalén; la ciudad más apegada al corazón de todo judío. Supo que había sido quemada, que estaba gobernada por extranjeros, que sus habitantes se habían apartado de Dios, y que estaba en una depresión económica. Este reporte preocupó tanto a Nehemías que lloró y comenzó a orar y a ayunar por su restauración.

El libro de Nehemías, capítulo uno, menciona su oración; un gran ejemplo de la clase de carga y oración que precede al inicio de toda restauración. El fundamento de su oración fue su creencia en la fidelidad de Dios a su pacto, la confesión de pecado, la justicia de Dios y una petición de misericordia. La oración fue primera antes que los planeamientos. Más todavía, este hombre no se limitó a orar para que Dios hiciera algo; pidió a Dios que *lo ayudara a hacer algo*.

Podemos ver los paralelos de esta historia en la situación actual: Mucha gente ve el reproche en que está la Iglesia, su depresión económica y que muchas de sus "piedras vivas" han sido quemadas. Pero lo que necesitamos es que el fuego nos consuma lo suficiente, a fin de ofrecernos voluntariamente, para ser usados en su restauración.

Nehemías pasó de la observación a la acción.

El valor de Nehemías

Nehemías superó también su interés personal. El había alcanzado cierta seguridad en su trabajo y en su vida personal. Pudo haber actuado con precaución, pero decidió poner la restauración de Jerusalén por encima de su prosperidad y preservación personal. ¡Ese amor es legítimo!

Se daba cuenta que tendría que traer el asunto ante el rey. Esto representaba un riesgo muy serio. Jerusalén significaba muy poco para el rey de todo el mundo conocido. Y en esos días presentarse ante él con el semblante triste de un siervo ayunando era también peligroso. Pero la carga de Nehemías lo hizo valiente.

Nehemías vino ante el rey en la ejecución de sus responsabilidades naturales. El rey notó su extraordinaria tristeza y le preguntó:

—¿Por qué está triste tu rostro? Tú no estás enfermo.

Este era el momento de la verdad:

—¿Cómo no ha de estar triste mi rostro cuando la ciudad, lugar de los sepulcros de mis padres, está desolada?

—¿Qué es lo que pides?

Nehemías hizo una oración:

—Que yo la reedifique. Fue explícito y sucinto.

El rey lo siguió interrogando:

—¿Cuánto durarás?

Nehemías le dio un plazo fijo y el rey le dio permiso. No, significó más que un permiso: le dio autoridad y recursos para hacer la tarea. Nehemías sabía exactamente lo que quería y cuánto tiempo necesitaría. ¡Así oró... pidió... y recibió!

Nehemías no era un copero común. Era un hombre con visión, valor, dones administrativos, hábil en la construcción, y tenía dotes de militar y diplomático. Pero si no hubiera sido lo suficientemente intrépido como para pedir, nunca hubiera descubierto que tenía estas facultades y la ciudad de Dios no se hubiera beneficiado de ellas. Muchos en el pueblo de Dios tienen una carga, pero no hasta el punto de ser intrépidos. Las cargas sin la intrepidez son vanas, igualmente la habilidad sin ella.

Es necesario entender bien cuál es la necesidad en particular y ser lo suficientemente valientes para pedir a los que tienen la autoridad y los recursos que nos ayuden. Debemos estar dispuestos a pedir aunque temamos ser rechazados o perseguidos. Tenemos que hacerlo, porque nuestra carga no nos permitirá quedarnos callados y nuestro amor no nos dejará que seamos negligentes.

La batalla de Nehemías

Oh, visión celestial y noble ideal. Cuán admirables son los pensamientos que cruzan el alma, cuando el poder del Espíritu Santo inunda nuestros espíritus. Pero no hay bendición sin derramamiento de sangre, ni edificación sin confrontación. Y Nehemías no fue la excepción.

Su carga era por la ciudad y su valor para el rey. Pero había otro elemento: los enemigos y los intereses creados. Muy poco nos detenemos a pensar en que hasta los que gobiernan sobre ruinas quieren mantener su posición y ven como intrusos a los restauradores.

En el mundo moderno, por ejemplo, vemos que luchar contra el aborto no es sólo pelear contra una idea, sino también contra intereses creados. Que ven grandes ganancias personales en su continuación. Nosotros vemos la pérdida de vidas, pero ellos ven dinero o la manera de evadir responsabilidades. Nosotros vemos la erradicación de la pornografía como un ideal, pero los abastecedores de la perversión la ven como pérdida de ingresos o de poder.

Cada vez que deseamos mejorar las condiciones, debemos confrontar las fuerzas de ocupación de los intereses creados. Con frecuencia no estamos preparados ni mental ni espiritualmente para semejante confrontación.

Nehemías 2:19-20 y 4:1-4 dicen que dos hombres, llamados Tobías y Sanbalat, se opusieron vehementemente a Nehemías. Eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham. Ellos "casi" eran judíos. Nuestra oposición principal e inesperada viene de los que casi son nuestros parientes, pero que no han entrado en el pacto. Son muy cercanos y se han casado entre sí, pero no son los verdaderos herederos del propósito de Dios.

Nehemías tenía mucho que superar: escombros de guerras anteriores, burlas, equívocos de interpretaciones, ira, conspiración, profecías falsas y opresión económica entre la hermandad. Pero la restauración era un sueño hermoso que lo guió por entre la horrible pesadilla. En todo el transcurso, Nehemías se mantuvo firme.

Cuando sus adversarios lo llamaron para que se bajara del muro y hablara con ellos, él les respondió: "Estoy haciendo una gran obra y no puedo descender." Creía que era una obra grande y en verdad lo era. Se trataba de la restauración de la ciudad de Dios. Y representaba trabajo. No se cambió de ropa en cincuenta y dos días, excepto para

darse un baño ocasionalmente. No abandonó la visión para ir a pelear; pero estaba dispuesto a luchar por la visión.

Plan de construcción

Además de trabajar fuertemente, Nehemías tenía un plan. En el capítulo tres nos enteramos de la manera en que se llevó a cabo la tarea. Note las veces que se mencionan las frases

“a su lado”, “junto a ellos”, “tras ellos” y “después de ellos”. Nehemías reunió a cada familia para que trabajara junto con su vecino. Todos laboraban “junto a” su vecino en la parte del muro que estaba “enfrente de” ellos. Todos sabían con quiénes y sobre qué trabajaban.

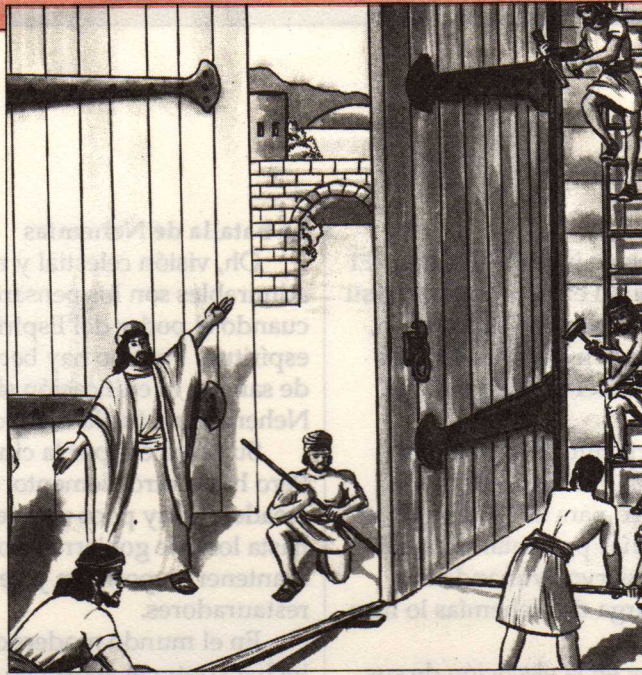
La maciza muralla desanimaba e intimidaba, si se veía en su totalidad. Pero dispuesta en segmentos asignados, la tarea era realizable. Nuestras estructuras sociales son muy parecidas a los muros de Jerusalén: están en ruinas. A menudo se intentan reparar a un nivel nacional o provincial y la obra parece demasiado grande para realizarse. Pero si fortalecemos a la familia y permitimos que cada hogar reedifique a la sociedad, como una unidad, la tarea es realizable.

Nehemías y compañía terminaron la obra porque se habían preparado bien, habían trabajado duro, perseveraron y cooperaron; y ¡Dios les ayudó!

El gran día

Dios es el Alfa... y la Omega. El termina lo que comienza. Dios también sabe celebrar los logros. Nehemías terminó su comisión. No sólo terminó los muros y colgó las puertas, también reconstruyó la sociedad y las esperanzas de la ciudad. Los burladores se habían equivocado. ¡Alabado sea Dios!

Dios inspiró a Nehemías para que designara dos coros que marcharan por encima de la muralla; uno iba hacia la derecha y el otro hacia la izquierda, y marcharon alrededor de la ciudad. Los dos coros se juntaron entonces en el templo para celebrar y adorar. Marcharon y cantaron encima del muro a plena vista de sus defensores y adversarios.



Eso nos recuerda que debemos de construir bien, porque un día estaremos parados sobre lo que hemos edificado. Si construimos inadecuadamente, nuestra alegría se convertirá en vergüenza. Pero la alegría de Nehemías tenía su mérito. Los músicos y los coros tocaron y cantaron alegremente. Los habitantes de la tierra oyeron que el gozo

había vuelto a Jerusalén. La alegría era la señal segura que el favor de Dios había regresado y que el pueblo se había fortalecido de nuevo.

La última gran fiesta en la agenda de Dios para Israel y la creación es la fiesta de los Tabernáculos — de la siega. Se siega lo que se siembra. Los Tabernáculos es el tiempo de recoger la cosecha y gozarse por la fidelidad de Dios.

Muchos de los grandes acontecimientos en la historia de Israel ocurrieron durante la estación de la siega: cuando Josué cruzó el Jordán, la dedicación del templo de Salomón y la terminación del muro. La Iglesia también tendrá su gran día, su propia fiesta de los Tabernáculos, con alegre celebración y cosecha. La Iglesia será la alabanza de la gloria de Dios a plena vista de todas las naciones. Los impíos dirán: “Dios ha hecho grandes cosas por su pueblo.”

Pidamos que Dios nos dé la unción de Nehemías —su espíritu, su carga, su intrepidez, su disposición para luchar y construir, para que tengamos una causa para gozarnos en la gran fiesta del Cordero.

Dios ama su Ciudad (lea Salmo 87). Nosotros debemos amarla también. ¡Que Dios nos haga restauradores y no destructores! Δ



Charles Simpson
es editor de la revista
Christian Conquest.
Ministra dentro y fuera
de los Estados Unidos
de Norteamérica.



Unidad en el vínculo de la paz

Por Hugo M. Zelaya

“Os ruego que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor, esforzándoos para preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu” (Efesios 4:1-4a).

L

a verdad de Dios es eterna y nunca cambia. No se adapta a las condiciones ni se relativiza como el mundo quisiera. Pero siempre está fresca y al día. Las Sagradas Escrituras no sólo contienen la verdad de Dios, también son la inspirada palabra de Dios. Por medio de ella llegamos a conocer y amar a

Dios. Ella es la que nos descubre el señorío de Jesucristo y nos da la revelación de su Iglesia, aquí en la tierra.

El Espíritu Santo ha usado muchas figuras para describir al pueblo de Dios. Es su nación santa, su cuerpo, su obra de arte, su novia, su familia, su templo, su ejército. Es muy importante esta manera de verla. La Iglesia no es una sola de estas cosas; son todas ellas por lo menos.

A simple vista se desprende que la Iglesia es la creación suprema de Dios. Estaba en su corazón, cuando hizo el universo y al primer ser humano. La tenía en su mente, cuando puso a Adán en el huerto para que fuera el hombre semilla que llenara la tierra, con criaturas hechas a su imagen, condición ineludible para ejercer el dominio que él le dio sobre todas las cosas. El primer Adán se dejó engañar por Satanás y perdió su oportunidad de desarrollar el potencial pleno con el que había sido creado. El dominio que ejerció fue muy limitado y, finalmente, terminó entregándolo a su enemigo. Dios envió entonces al “último Adán”, “el segundo hombre” y restauró “la imagen del celestial” (1 Corintios 15:45,47,49) y devolvió el dominio al hombre, pero no como individuo ni de cualquier manera. El poder del hombre está en la Iglesia.

La Iglesia es primero

El apóstol Pablo, más que ninguno de los siervos de Dios, recibió una revelación de la Iglesia de Jesucristo. (¿Sería esto lo que vio y escuchó cuando ascendió hasta el

tercer cielo?) Su epístola a los Efesios es quizás su mejor expresión de esta revelación. El más superficial estudio que se haga de la epístola revela que el tema central es la Iglesia. Es decir, todo lo que habla está dentro del contexto de la Iglesia. Los primeros tres capítulos son de tipo doctrinal y ofrecen el propósito eterno de Dios para el hombre: integrarlo dentro de la Iglesia. La segunda parte, capítulos cuatro al seis, presentan a la Iglesia madura en acción.

Es importante también que notemos el orden de los temas principales. El primer capítulo es sobre la obra de “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (1:3), sus bendiciones, su llamamiento y la revelación de su Hijo. El segundo trata de la obra de Cristo para redimirnos y hacernos entrar en su nuevo hombre (2:15-17). El tercer capítulo habla del “misterio de Cristo” (v.4) y de la “infinita sabiduría de Dios [para] que sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia” (v.10) que todos somos “coherederos y miembros del mismo cuerpo...” etc. (v. 6). El capítulo cuatro comienza exhortando a “preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”(v.3) y a conducirnos como Cristo nos enseñó (v.21). El tema se extiende hasta el versículo 21 del siguiente capítulo cinco. Entonces viene el orden de la familia y, por último, la lucha espiritual en el último capítulo, el seis. Note que todas estas declaraciones son hechas para el individuo dentro de la Iglesia.

El orden de prioridades, según Efesios, es Dios el Padre, Cristo su Hijo, como cabeza, y la Iglesia. Pero este es un orden de consideración relacional como individuos. En realidad, no hay división entre Dios el Padre y Dios el Hijo, ni entre la cabeza y el cuerpo. De manera que cuando el Espíritu Santo habla, en Efesios, de la Iglesia (con mayúscula) la pone en el mismo plano de importancia con el Hijo.

Su revelación nos afecta

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? Todo. En la revelación bíblica, la secuencia en que aparecen las cosas es muy significativa. Si la Biblia es inspirada por Dios, como en realidad es, entonces debemos aceptar el orden de su revelación para establecer nuestras prioridades. Y está bien claro que, en nuestras relaciones personales, Dios es primero, su Iglesia segundo, la familia tercero y después



Unidad en el vínculo de la paz

Por Hugo M. Zelaya

“Os ruego que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros en amor, esforzándoos para preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu” (Efesios 4:1-4a).

L

a verdad de Dios es eterna y nunca cambia. No se adapta a las condiciones ni se relativiza como el mundo quisiera. Pero siempre está fresca y al día. Las Sagradas Escrituras no sólo contienen la verdad de Dios, también son la inspirada palabra de Dios. Por medio de ella llegamos a conocer y amar a

Dios. Ella es la que nos descubre el señorío de Jesucristo y nos da la revelación de su Iglesia, aquí en la tierra.

El Espíritu Santo ha usado muchas figuras para describir al pueblo de Dios. Es su nación santa, su cuerpo, su obra de arte, su novia, su familia, su templo, su ejército. Es muy importante esta manera de verla. La Iglesia no es una sola de estas cosas; son todas ellas por lo menos.

A simple vista se desprende que la Iglesia es la creación suprema de Dios. Estaba en su corazón, cuando hizo el universo y al primer ser humano. La tenía en su mente, cuando puso a Adán en el huerto para que fuera el hombre semilla que llenara la tierra, con criaturas hechas a su imagen, condición ineludible para ejercer el dominio que él le dio sobre todas las cosas. El primer Adán se dejó engañar por Satanás y perdió su oportunidad de desarrollar el potencial pleno con el que había sido creado. El dominio que ejerció fue muy limitado y, finalmente, terminó entregándolo a su enemigo. Dios envió entonces al “último Adán”, “el segundo hombre” y restauró “la imagen del celestial” (1 Corintios 15:45,47,49) y devolvió el dominio al hombre, pero no como individuo ni de cualquier manera. El poder del hombre está en la Iglesia.

La Iglesia es primero

El apóstol Pablo, más que ninguno de los siervos de Dios, recibió una revelación de la Iglesia de Jesucristo. (¿Sería esto lo que vio y escuchó cuando ascendió hasta el

tercer cielo?) Su epístola a los Efesios es quizás su mejor expresión de esta revelación. El más superficial estudio que se haga de la epístola revela que el tema central es la Iglesia. Es decir, todo lo que habla está dentro del contexto de la Iglesia. Los primeros tres capítulos son de tipo doctrinal y ofrecen el propósito eterno de Dios para el hombre: integrarlo dentro de la Iglesia. La segunda parte, capítulos cuatro al seis, presentan a la Iglesia madura en acción.

Es importante también que notemos el orden de los temas principales. El primer capítulo es sobre la obra de “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (1:3), sus bendiciones, su llamamiento y la revelación de su Hijo. El segundo trata de la obra de Cristo para redimirnos y hacernos entrar en su nuevo hombre (2:15-17). El tercer capítulo habla del “misterio de Cristo” (v.4) y de la “infinita sabiduría de Dios [para] que sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia” (v.10) que todos somos “coherederos y miembros del mismo cuerpo...” etc. (v. 6). El capítulo cuatro comienza exhortando a “preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”(v.3) y a conducirnos como Cristo nos enseñó (v.21). El tema se extiende hasta el versículo 21 del siguiente capítulo cinco. Entonces viene el orden de la familia y, por último, la lucha espiritual en el último capítulo, el seis. Note que todas estas declaraciones son hechas para el individuo dentro de la Iglesia.

El orden de prioridades, según Efesios, es Dios el Padre, Cristo su Hijo, como cabeza, y la Iglesia. Pero este es un orden de consideración relacional como individuos. En realidad, no hay división entre Dios el Padre y Dios el Hijo, ni entre la cabeza y el cuerpo. De manera que cuando el Espíritu Santo habla, en Efesios, de la Iglesia (con mayúscula) la pone en el mismo plano de importancia con el Hijo.

Su revelación nos afecta

¿Qué tiene que ver esto con nosotros? Todo. En la revelación bíblica, la secuencia en que aparecen las cosas es muy significativa. Si la Biblia es inspirada por Dios, como en realidad es, entonces debemos aceptar el orden de su revelación para establecer nuestras prioridades. Y está bien claro que, en nuestras relaciones personales, Dios es primero, su Iglesia segundo, la familia tercero y después

todas las otras relaciones humanas. En el orden de Dios, el individuo no existe por sí solo. Toda su obra en favor del individuo la hace para traerlo a un nivel más alto que el hombre mismo.

En el matrimonio, un hombre y una mujer pierden su individualismo para entrar en una relación de pacto uno con el otro. Este compromiso demanda el sacrificio de la voluntad, la conveniencia y los deseos que cada uno pudo haber tenido para sí mismo, antes de casarse, en aras de algo que se llama matrimonio. Ahora existe otro ser a quien considerar.

El fruto de esa relación de amor son los hijos que vendrán a integrarse en una familia. Cada miembro de la familia deberá tomar en cuenta a cada uno y a todos los otros miembros. En vez de *yo* y *mi* será *nosotros* y *nuestro*.

Pero el plan de Dios no termina en la familia. Los sacrificios personales, en dirección a los cónyuges y a los hijos, deberán trascender el nivel horizontal. Aunque se habría logrado dar un gigantesco paso hacia adelante, el hacer que tres o más individuos dejen de pensar sólo en sí mismos para llegar a preferirse el uno al otro, es necesario que el enfoque de un familia se vuelva hacia arriba.

El matrimonio fue creado por Dios. El estableció su razón de ser. Es la misma del Génesis: llenar la tierra con seres creados a su imagen, no para satisfacer los apetitos del cuerpo "legítimamente". Dios instituyó el matrimonio para proteger, velar y desarrollar a la familia, y estableció a la familia para el crecimiento y fortalecimiento de la Iglesia. En los ojos de Dios, el individuo no tiene razón de ser aparte de la familia, ni ésta aparte de la Iglesia.

Hace varios años un hermano pastor me preguntó:

—¿Qué es más importante, la obra o el obrero?

Debo confesar que la pregunta me sacudió bastante, porque venía en la estela de un incidente recientemente ocurrido, en el que otro pastor amigo había sido separado de su congregación y denominación porque no se ajustaba a la "doctrina establecida" por esa agrupación. Muy poca caridad cristiana se había empleado en su despido, aunque el pastor había conservado un espíritu abierto para que se le mostrara su error. La sentencia fue que "así no creía la denominación" y ...el pastor a la calle! Casi sin pensarlo le contesté:

—El obrero.

—Claro—dijo él—, porque sin obrero no hay obra.

Bueno, ahora la pregunta es ¿la obra de quién? Una denominación no es la Iglesia de Jesucristo. Tampoco lo son dos, cinco o todas las denominaciones y agrupaciones puestas juntas (si eso fuera posible). Las denominaciones y agrupaciones son creaciones del hombre. Su necesidad es rebatible. En realidad no son indispensables. Son la madera, el heno y la hojarasca, que terminarán convirtiéndose en humo. Si se vuelven perpetuas vienen a ser más bien restricciones y limitaciones a la verdadera obra de Dios. Cualquier organización que se arroga el derecho de echar de su medio a un obrero porque se ha abierto a una mayor revelación de la verdad de Cristo es la obra del hombre y el obrero es más importante que ella. Pero en lo que se refiere a la Iglesia de Jesucristo, ella es primero.

La revelación de la Iglesia

Pablo dice que la Iglesia es un misterio. Para mí eso significa que tenemos que aceptar por fe muchas de las

cosas que la Escritura dice sobre la Iglesia. Tienen su fundamento en el Espíritu; todavía no las vemos totalmente realizadas en este mundo natural.

Todos hemos recibido "enseñanzas" de la Iglesia. Hemos oído sermones y charlas exaltándola, criticándola, explicándola o excusándola; algunos expositores han sido muy buenos, otros no sabían de lo que estaban hablando. Pero dudo que la mayoría de nosotros hayamos tenido una verdadera revelación de la Iglesia en toda su gloria y majestad. Yo, por lo menos, nunca he ascendido hasta el tercer cielo para verla desde allí. Todavía no sé de todo lo que es capaz. Sé que funciona, pero no sé cómo. También sé que sólo Dios puede hacer que la Iglesia sea "la plenitud de aquel que lo llena todo en todo" (Efesios 1:23). Pero hay algo de lo que se puede estar seguro. El Señor es quien la edifica. La astucia del hombre sólo se interpone en los planes de Dios.

Cristo dijo: "Yo edificaré mi Iglesia" (Mateo 16:18). Significa dos cosas: Primero, el Señor interviene personalmente en la obra y la identifica como suya. Segundo, él la define como una sola; habla en singular.

Ver algo no es tenerlo

Pablo vio la unidad de la Iglesia por revelación del Espíritu Santo y tuvo fe. Creyó en ella y se dio completamente a colaborar en su edificación, a pesar de todos los problemas internos con los que tuvo que lidiar después de establecidas. Pablo conocía el poder que Dios tiene de cambiar a las personas. Sabía que las divisiones que había en Corinto, por ejemplo, no quedarían por mucho tiempo. Pablo creía que el poder del evangelio podía transformar las vidas de los hombres para que trabajaran juntos. Judío con judío, gentil con gentil y judíos con gentiles. Su compromiso con la unidad de la Iglesia lo llevó a confrontaciones personales consigo mismo y con otros apóstoles. Tuvo que sacrificar sus propios intereses personales y arriesgar la amistad de por lo menos uno de los apóstoles más respetados. Pero en nada transigió. Se mantuvo firme en la convicción de la revelación que había recibido del Señor. ¡Cuánto necesitamos nosotros esta calidad de convicción!

Su visión de la Iglesia le costó todo lo que tenía; finalmente, hasta su propia vida. Estaba comprometido totalmente a ella. Fue este compromiso, precisamente, lo que cambió la faz de la tierra. Pablo no sólo vio, también modeló la unidad de la Iglesia. Antioquía era una mezcla de razas, culturas, trasfondos y ministerios. Su perspectiva era una sola Iglesia. Rehusó aceptar la separación reinante entre judío y gentil. Reprendió a los corintios por alinearse con un ministerio en exclusión de otros y a Pedro por reconocer con su conducta la división.

Ver algo no significa tenerlo. Ver la unidad no significa que la tengamos en la práctica. El tiempo de la revelación es muy emocionante. No hay nada que levante más el espíritu humano que ver lo que Dios ve. Pero no es suficiente. La experiencia no es el final. Apenas es el comienzo. Dios no nos muestra las cosas para satisfacer una curiosidad espiritual. Su deseo es estimularnos a que nos conduzcamos de acuerdo con lo que él nos muestra en la cumbre espiritual y no por lo que ven nuestros ojos naturales.

Revelación y realidad

El apóstol Pedro había dicho: "Tú eres el Cristo..." Jesús lo felicitó porque el Padre le había revelado una verdad fundamental. Pero su conducta no estuvo acorde con su revelación. Más tarde, negó haber visto nada, porque las cosas alrededor no concordaban con su apreciación de la realidad. Si Jesús era el Cristo, razonaría él, ¿por qué no se defendía y establecía su reino ahora mismo? Pedro no era un cobarde. Había demostrado su valor cuando se enfrentó con los soldados del templo, que vinieron a apresar al Señor en el huerto, y por poco le quita la cabeza a uno con su espada. Pero estaba confundido. Lo que estaba viendo no concordaba con su creencia sobre la revelación que había tenido. Los acontecimientos que llevaron a Jesús a la cruz no estaban de acuerdo con la interpretación popular de las profecías sobre el Mesías. El Cristo sería un Conquistador que quitaría el yugo de la dominación romana sobre Israel. Después entendería que si Cristo no hubiera muerto no hubiera podido "llevarnos a Dios" (I Pedro 3:18). Cuando Pedro vio la realidad de sí mismo, que él no era lo que hablaba, se sintió angustiado y lloró amargamente.

Cuando estamos en el ambiente del Espíritu, las revelaciones son una ocurrencia normal. Dios está dispuesto siempre a confiarnos sus misterios. Y nosotros a profetizar lo que oímos de Dios. Muchos hemos tenido revelaciones sobre la unidad de la Iglesia. Pero lo que hablamos y como actuamos son dos cosas diferentes, muchas veces. La verdad de Dios no es una realidad en nosotros todavía. La verdad de Dios nos aplasta cuando logramos ver, que no somos lo que vimos y predicamos.

Debemos comprometernos con la unidad de la iglesia; local y universal. Tenemos que aceptar como cierta la palabra de Dios que dice:

Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu... un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo... un solo Dios... (Efesios 4:5).

El espíritu de unidad y de paz

Sin una revelación de la unidad del cuerpo de Cristo no hay paz. Según Pablo, la paz es un "vínculo" y la unidad del Espíritu ya está establecida, pero se necesita que cada miembro del cuerpo haga un "esfuerzo" por preservarla (Efesios 4:3). La palabra vínculo se puede traducir también como lazo. Es el compromiso que el Señor demanda de todos los que vienen a él. El que se compromete con Cristo está ya comprometido con su cuerpo. Los lazos con el Señor y su cuerpo son indisolubles.

La unidad es un lugar en el Espíritu a donde llegamos cuando nos dejamos conducir por él. Allí encontramos lo que no tenemos. La carne y el pecado nos tenían "separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel, extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza, y sin Dios en el mundo" (Efesios 2:12). Estábamos divididos. Había enemistad y una pared que nos separaba. Pero el Espíritu nos enlazó con el resto de su cuerpo. En esa unidad, ninguno siente que nadie anda tras él o tras ella para hacerle daño. Hay paz y armonía. Todos los actos y las palabras se interpretan bien. Fuera de ella, se duda de todo

y de todos. Los miembros se convierten en analistas y jueces del mismo cuerpo del que son parte.

En el Espíritu no hay divisiones. Las divisiones son obras de la carne (vea I Corintios 3:3). Cristo no las acepta. Cuando él ve a su Iglesia, la ve una sola. La roca sobre la que está edificada no sólo es inmovible, también es indivisible. Si el fundamento que tenemos como cristianos está puesto realmente en la roca, la unidad de la Iglesia es una realidad en nuestras vidas y las puertas del Hades no podrán dividirnos.

Nosotros, que estamos dentro de la Iglesia, somos los únicos que la podemos dividir. El diablo no puede. Ya el Señor dijo que su reino de muerte "no prevalecerá contra ella" (Mateo 16:16). El mundo tampoco podrá. I Corintios 6:2 dice que "los santos han de juzgar al mundo". Sólo nosotros si damos lugar a la carne en nuestras vidas, podemos destruir el cuerpo del Señor. La lucha entre el Espíritu y la carne es por su Iglesia. Gálatas hace un contraste entre estos dos. En el capítulo cinco y versículos catorce y quince dice:

...Amarás a tu prójimo (los miembros del cuerpo) como a ti mismo. Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, tened cuidado, no sea que os consumáis unos a otros.

El esfuerzo del que habla Pablo para preservar la unidad es el que debemos hacer para no dar lugar a la carne. El mundo alimenta a la carne y ésta hace que los miembros de su cuerpo se devoren los unos a los otros. Pablo, hablando de la corrupción de la carne, dice: "vosotros no habéis aprendido a Cristo de esta manera" (Efesios 4:20).

Aplicaciones prácticas

No desperdicie su vida luchando con los miembros del cuerpo de Cristo. Esa no es nuestra lucha. Efesios termina definiendo nuestra verdadera lucha. La armadura es para cada soldado en su ejército. Pero un soldado no es todo el ejército. La guerra es de toda la Iglesia. Cada cristiano lucha contra las potestades del aire, no sólo para derrotar al enemigo en su vida personal, sino también para alcanzar la victoria que Cristo se propone ganar en este mundo. Su victoria en la cruz es por el derecho de la redención del hombre. Pero a su Iglesia le corresponde ganar todo el territorio que está en manos del enemigo.

El capítulo 6 y versículo 13 dice: "Habiéndolo hecho todo, estar firmes." Cuando dice todo, ¿todo qué? Todo el esfuerzo por mantener la unidad en el vínculo de la paz. Habiendo aceptado la gracia de su salvación, la revelación de su Iglesia, la unidad de su cuerpo, la razón de la familia, estar firmes.

No crea por un momento que eso le será posible solo, separado de la Iglesia.

Deje que Dios trate con su carnalidad. Ay del hombre que traiga al mundo dentro de la Iglesia. Mejor le sería que una piedra de molino le fuera atado a su cuello y echado en el mar (vea Mateo 18: 1-9). Las ofensas vienen cuando los cristianos no dejan que el Señor trate con su carnalidad.

Sobre todo, regrese a la unidad del Espíritu. Δ

Uno + uno = supervivencia

Una poderosa razón de la necesidad mutua

Por Charles Swindoll



U

n asombrado estudiante extranjero dijo algo, cierta vez, en mi presencia: "La gente de este país es solitaria." Al principio me puse a la defensiva. Su evaluación me parecía demasiado severa, sin razón. Pero, desde entonces, he llegado a la conclusión de que ese joven tenía razón. Hay algunas maravillosas excepciones, pero son sólo eso —excepciones y no la regla.

Hace varios años, recuerdo haber oído un comentario en la radio, al final de un programa de noticias. El locutor decía que los divorcios en cierta parte del país habían ido en aumento. Eso no me sorprendió. Lo que sí me tomó por sorpresa fue lo que dijo el comentarista después. Aseguró que muchos de los cónyuges ahora solos, no estaban perturbados por el rompimiento de sus relaciones domésticas. ¿Por qué? Porque "ahora tenían más

tiempo para estar solos... con sus computadoras."

Si alguien que hubiese estado durmiendo por muchos años despertara a la escena de los últimos veinticinco a treinta años, creo que tendría un ataque al corazón cuando viera lo bien que se relaciona la gente con las pantallas y los teclados del aparato, pero qué pobremente lo hacen con gente de carne y hueso. No sólo nos gusta estar solos, también sentimos soledad.

El consejo de Salomón a los solitarios

Salomón toca este tema con gran sinceridad y percepción. Realmente nos habla a todos nosotros en esta sección de su diario:

Más valen dos que uno solo, pues tienen mejor remuneración por su trabajo. Porque si uno de ellos cae, el otro levantará a su compañero; pero ¡ay del que cae cuando no hay

otro que lo levante! Además, si dos se acuestan juntos se mantienen calientes, pero uno solo ¿cómo se calentará? Y si alguien puede prevalecer contra el que está solo, dos lo resistirán. Un cordel de tres hilos no se rompe fácilmente (Eclesiastés 4:9-12).

La primera línea establece las condiciones con la declaración de una verdad: "Más valen dos que uno solo".

Si usted es una persona casada (especialmente si es feliz en su matrimonio) y lee estas palabras, probablemente piense que esto se refiere al matrimonio. Pero la verdad es para los casados y los no casados. El matrimonio no se menciona ni una vez en esta sección. Es para las personas en esta tierra solitaria que se preguntan cómo han de sobrevivir en una cultura canibal de realidades desgarradoras. El dice: "Más valen dos que uno solo (y luego dice por qué), pues tienen mejor remuneración por su trabajo" (v.9). La Biblia al Día lo dice con mayor simpleza aun: "Porque el resultado puede ser mucho mejor."

Ganamos en perspectiva cuando tenemos a alguien al lado. También objetividad y valor, en situaciones amenazadoras. Tener a otros al lado templamos nuestro dogmatismo y ablanda nuestra intolerancia. Ganamos la opinión de otro. Un aporte, como diríamos en nuestro lenguaje moderno. Dicho de otra manera, es mejor no vivir ni trabajar solos. Es mejor no ministrar solos. Es mejor tener a alguien a nuestro lado en las batallas. Por esta razón, el ejército enseña que cuando se da la orden de cavar una trinchera se debe hacer lo suficientemente grande para dos soldados.

Funciona

Después de establecer esta verdad, Salomón se dedica a explicar el porqué. Da tres razones: ánimo mutuo cuando estamos débiles, apoyo mutuo cuando somos vulnerables, y protección mutua cuando somos atacados. Veamos cada una de ellas en este orden.

1. Animo mutuo cuando estamos débiles.

...si uno de ellos cae, el otro levantará a su compañero.

Cuando vienen los fracasos personales, cuando nos vemos atrapados, cuando tropezamos o estamos acorralados, cuando caemos de bruces, cuando estamos metidos en líos, necesitamos a un compañero que no permita que nos golpeen más. Y ese

compañero no nos abandonará. Cuando uno de los dos caiga el otro lo levantará. Es tremendo.

*Cuando estamos metidos en líos,
necesitamos a un compañero
que no deje que nos golpeen más.*

Voy a dirigirme a los hombres, solamente por un momento. Muchos de nosotros crecimos en un mundo masculino bajo la influencia de maestros, padres y entrenadores bien intencionados que pensaron que nos estaban haciendo un gran servicio cuando enfatizaban que somos fuertes. Que somos rudos. Que siempre ganamos. Que podemos lograr cosas. Que somos de la hechura de los pioneros... supervivientes... ganadores... "siempre en la cima". El consejo que recibíamos de nuestros entrenadores era algo así:

"El hombre fuerte gana." "Sea hombre." "Apriete los dientes y aguante."

La verdad es que muchos de los tipos rudos que hablan de ser fuertes, son débiles. Muchos de nosotros hablamos como si tenemos todas las cosas bajo control, pero no es así. Tome mi ejemplo. Yo hablo como si fuera independiente, sin mucha necesidad de otros, capaz de mantenerme firme no importa lo que pase... pero no siempre es así conmigo. Me proyecto como una persona que no se apoya mucho en otros, pero la señora que está casada conmigo sabe cuánto la necesito. Y ella y yo tenemos hijos que ocasionalmente ministran a nuestras necesidades también. Mis mejores maestros sobre la tierra son cinco. Me refiero a los que llevan mi nombre.

También hay un pequeño grupo de hombres que me conocen muy bien. Son personas fieles y dignas de confianza y los necesito. ¿Por qué? Porque soy débil y necesito su consejo. Peor aún, hay ocasiones en que echo a perder las cosas. Si lo duda, recíbalos por fe. Necesito a esos hombres para que me animen y si es necesario, para que me reprendan.

Salomón lo dice de esta manera: "Si uno de ellos cae, el otro levantará a su compañero; pero ¡ay del que cae cuando no hay otro que lo [sujete]!"

¿Quién lo sujeta a usted cuando cae? ¿Nadie? No sorprende que se sienta solitario. Y la extraña ironía es que casarse no garantiza una solución para la soledad. Con frecuencia hablo con personas casadas, pero que todavía están solitarias. Algunas parejas tienen una relación de "busca y destruye a tu

adversario" en vez de una que apoye, anime y confirme. Es trágico, pero cierto, que algunos están casados con personas que no levantan ni animan a su compañero o compañera. Existen pocos dolores más difíciles de soportar.

2. Apoyo mutuo cuando somos vulnerables.

Además, si dos se acuestan juntos se mantienen calientes, pero uno solo ¿cómo se calentará?

Esta declaración es excelente. Pero tengamos cuidado de no tomarla literalmente y perder el punto de la idea total.

Es cierto que las personas casadas que se acercan en la cama en una noche fría de invierno encuentran el calor que buscan uno en el otro. (Haciendo las salvedades del caso. De cónyuges que por naturaleza no encuentran el calor suficiente aunque tengan cobijas eléctricas. O de otros que se envuelven en la cobija y lo dejan a usted al descubierto.)

Pero no limitemos esto al calor de la cama. Necesitamos a alguien cuando hay elementos que no podemos cambiar; cuando no podemos cambiar el frío en calor. No podemos calentarnos cuando todo alrededor está frío. Ese es el punto. Estamos expuestos. Estamos descubiertos. Vulnerables. Y en este estado necesitamos a alguien que nos caliente. Para decirlo de otra manera, mejor son dos que uno, porque la otra persona nos puede apoyar cuando estamos en una situación vulnerable.

Voy a mencionar algunos tiempos vulnerables en caso de que usted no pueda pensar en uno. Comencemos con el primer día en un trabajo nuevo. Es bueno tener un amigo en el primer día de trabajo cuando pareciera que todos los cuarenta pares de ojos en la oficina lo están mirando.

¿Qué si está en una corte para servir de testigo en algún caso? En tiempos así es bueno mirar alrededor y ver un rostro amigo. ¿Qué me dice cuando espera en la sala de un hospital, o en la oficina del dentista, u otros tiempos amenazadores como esos? ¿O qué de hacer fila en el Departamento de Desempleados para recoger una ayuda? Su dignidad anda muy baja. Para usar las palabras de Salomón, usted necesita a alguien que lo caliente. Está "frío" allí afuera sin trabajo. En tiempos así es tremendo tener a un amigo.



Los compañeros edifican puentes de esperanza y seguridad cuando estamos expuestos y vulnerables.

En cualquier tiempo o lugar en el que se sienta consciente de sí mismo y su lucha mayor sea ver cómo puede atravesar la situación, ahora mismo, recuerde el versículo 11: usted tiene frío y necesita ayuda para calentarse. Dos son mejores que uno.

3. Protección mutua cuando somos atacados.

Y si alguien puede prevalecer contra el que está solo, dos lo resistirán. Un cordel de tres hilos no se rompe fácilmente.

Todos nos podemos identificar con esto. Hay un adversario contra el que todos tenemos que pelear. El es implacable, determinado y listo. También es invisible. Se llama el diablo. También hay toda una fuerza de demonios que nos intimidarían si los pudiéramos ver en acción. Pero aunque

no los podemos ver, podemos sentir su presencia y estamos conscientes de sus ataques.

A veces un compañero que está cerca de nosotros pudo decir: "Yo creo que esto viene del dominio de Satanás. Yo creo que estás sufriendo un ataque de demonios." Y nuestro compañero nos ayuda a pasar estos tiempos. Yo lo he visto pasar en mi vida y he apreciado esas valiosas relaciones. Quizás el adversario es alguna otra persona que ha fabricado una tela de rumores viciosos y es responsable de una montaña de mentiras que se han difundido contra usted.

Tal vez se trate de alguien que sospecha de sus motivos y anda tras suyo por razones que usted no comprende. Quizás su cara sea el blanco mental de los dardos de esa persona. Y no hay manera de pasar por ello sin tener que soportarlo. En tiempos así los compañeros son esenciales. Hemos regresado a esa importante ecuación: uno + uno = supervivencia.

El versículo 12 concluye con esta frase: "Un cordel de tres hilos no se rompe fácilmente." Esta no es una simple referencia a Cristo, quien es ciertamente nuestro compañero, el mejor de todos, se refiere a más de un compañero. Pudieran ser varios; dos o tres. Pero la idea aquí es que un cordel de tres hilos se sostiene con palabras de consuelo, o con los brazos alrededor de los hombros, o la presencia visible que calma las aguas turbulentas de su alma.

Ejemplos y principios

Si usted es como yo, hay ocasiones en que le ayuda encontrar en la Biblia ejemplos de carne y hueso, hombres y mujeres que personifican la verdad. Estas personas nos dan esperanzas porque encarnan las teorías y demuestran cómo se desarrollan en la vida real. Y con cada uno de estos ejemplos, formularé un principio que lo ayudará a ver la realidad en su mente.

Elías y Eliseo

El primero en el que estoy pensando es un profeta que tenía un problema doble. Primero fue llevado por Dios para que se presentara delante de un rey intimidador e hiciera una predicción impopular respecto a una sequía que habría de venir.

El segundo problema es que él mismo sufrió como resultado de esa sequía. Su propia predicción hizo que su propio arroyo se secara. Usted sabe su nombre. Elías.

Pero poco después estaba enfrentando a los profetas de Baal en el monte Carmelo. ¡Qué encuentro más cargado de emociones! Peleó con fuego y se mantuvo solo contra las fuertes palabras de ellos, pero Jehová Dios hizo las palabras del profeta más fuerte que la de ellos. Al final, los profetas de Baal fueron ajusticiados enfrente de él. Debió haber sido una experiencia emocional agotadora.

Después, vino una lluvia increíble, seguida por las amenazas de Jezabel contra su vida. Cuando Elías estaba físicamente débil, emocionalmente vulnerable y espiritualmente agotado, Jezabel atacó y dijo: "Morirás en veinticuatro horas." ¡Eso colmó el vaso!

Elías corrió hacia el bosque. Dejó a su siervo y se metió sólo en él. Al cabo de un tiempo se desplomó bajo un árbol pidiéndole a Dios que le quitara la vida. Así de bajo andaba. El mismo hombre fuerte que se había parado solo frente a Acab y Jezabel estaba orando ahora que Dios le quitara la vida. Cada momento caía más y más bajo.

¿Y qué hizo Dios? Algo maravilloso. No le dijo que estuviera avergonzado de él. Dios nunca viene para decirnos: "¡Levántate. Eres un hombre!" El nunca ha hecho eso.

¿Sabe lo que le dijo al profeta? "Descansa un rato. Voy a hacerte una comida." Y le trajo una deliciosa



La presencia visible de un compañero calma las aguas turbulentas del alma.

comida y con la fuerza que recibió Elías caminó cuarenta días y cuarenta noches.

Sobre todo, después de su largo descanso y de las fuerzas que obtuvo de esa comida deliciosa, Elías se reconcilió consigo mismo y con Dios. Y en la siguiente escena ¿qué sucedió? Dios dio un amigo a Elías. Su nombre era Eliseo.

En el último versículo de 1 Reyes, el 19, dice que Eliseo fue tras Elías y le servía. Es una gran escena. Elías lo ve, se da cuenta del gran lazo de afinidad que hay entre ellos, y le pone encima su manto a Eliseo, como diciendo: "Estamos juntos en esto, amigo mío. De ahora en adelante andaremos juntos." Y Elías sobrevive y sus fuerzas se renuevan, gracias a la presencia de un compañero. En realidad, entra en una nueva visión de las direcciones que Dios le diera. En

las palabras de Salomón: "Si alguien puede prevalecer contra el que está solo, dos lo resistirán."

Principio 1: Los compañeros calman las aguas turbulentas de nuestras almas.

Habrán tiempos cuando el alma está turbada. Habrán tiempos cuando los pensamientos en su mente hubieran sido una herejía cinco años atrás. Quizás hasta piense en el suicidio: "Dios quítame la vida." Habrán tiempos cuando usted tendrá que enfrentar esta verdad, que está en esa terrible situación en la que se encuentra por algo malo o imprudente que usted mismo hizo. Usted tiene la culpa y eso lastima aún más su estimación propia. Su alma perturbada no se calma. Usted necesita ayuda. Y Dios viene a su ayuda y le manda a un amigo. Los compañeros calman las aguas turbulentas de nuestras almas... como Eliseo lo hizo con Elías.

Noemí y Rut

Hay otro ejemplo del Antiguo Testamento. Se trata de dos mujeres, Noemí y Rut. Noemí era una mujer piadosa, una buena esposa y madre de dos hijos. Antes que la historia avance mucho en el libro de Rut, capítulo 1, los hijos han crecido y se han casado. Y el escritor menciona a las dos hermosas nueras (una de ellas es Rut) que se casaron con los hijos de Noemí.

Repentinamente, por alguna razón que no se dice, la calamidad golpeó el hogar de Noemí. No sólo perdió a su esposo, también sus dos hijos murieron.

Noemí se convirtió en una viuda y algo más. A su dolor se sumaba la pérdida de sus dos hijos.

En este estado vulnerable, Noemí habló a sus dos nueras para que regresaran a sus familias y comenzaran de nuevo. Había también una fuerte implicación en sus palabras que pensaba regresar a su tierra. Quebrantada, solitaria y deshecha en su espíritu, intentaría recoger las piezas de su vida para morir calladamente en su tierra. Pero Rut no se lo permitió. ¡Es una gran historia! Rut dijo a su suegra y amiga:

No insistas que te deje o que deje de seguirte; porque adonde tú vayas, iré yo, y donde tú mores, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré, y allí seré sepultada. Así haga el Señor conmigo, y aún peor, si algo, excepto la muerte, nos separa (Rut 1:16,17).

Es un discurso tremendo. Y la nuera de Noemí puso sus brazos alrededor de su suegra y con su amor le devolvió su vida y su dignidad.

Principio 2: Los compañeros edifican puentes de esperanza y seguridad cuando estamos expuestos, vulnerables y conscientes de nosotros mismos.

David y Jonatán

No puedo dejar de mencionar dos últimos ejemplos: David y Jonatán. Había una vez un rey que comenzó como un buen hombre, humilde y disponible, no obstante, después de unos años en el servicio público, perdió sus cualidades. Su nombre era Saúl. Cuando capitaneó al ejército de Israel en la lucha contra los filisteos, Saúl y sus tropas se enfrentaron con el gigante Goliat. Y hasta Saúl fue intimidado. Aunque él era fuerte y alto (no como Goliat, por supuesto), Saúl se encogió en su tienda y tembló de miedo.

De las colinas de Judea salió un adolescente que, con sólo una honda y una piedra, puso al gigante fuera de acción. Seguidamente, Israel comenzó a cantar: "Saúl ha matado a sus miles, y David a sus diez miles."

Saúl, tan inseguro como era, calculó la diferencia y era más de nueve mil a favor de David. Sintió que su posición estaba amenazada por el joven David. Y permitió ser víctima de toda clase de imaginaciones. ¡Con cuánta rapidez se mueven las imaginaciones cuando somos inseguros e inestables! En lugar de animar a David como un valiente y joven guerrero, lo

vio como a un enemigo.

Pudo haber tomado a David bajo su tutela, para entrenarlo y prepararlo para el trono, pero no quiso. Pudo haber honrado a David, ascendiéndolo a una posición de liderazgo, pero no lo hizo. Por el contrario, hizo a David el blanco de sus hostilidades. Lo acosó implacablemente. Y David, el valiente que había matado al gigante, llegó al extremo de su límite emocional. No pudo con la situación y salió huyendo para salvar su vida, literalmente.

Entretanto, Jonatán, el hijo de Saúl, entra en el relato. La Escritura dice que "Jonatán amaba a David como a sí mismo." Una paráfrasis dice: "Le dio dignidad y seguridad." Jonatán fortaleció repetidamente a su amigo David.

Principio 3: Los compañeros se ponen de nuestra parte cuando otros nos despedazan. Cuando no tenemos a nadie en quien confiar, cuando el adversario nos presiona con sus lanzas verbales y espadas de la calumnia, no hay nada como un compañero a nuestro lado.

Y esto nos vuelve al excelente consejo de Salomón:

Dos hombres pueden más que duplicar el trabajo de uno, porque el resultado puede ser mucho mejor. Si uno cae, el otro lo levanta; pero si el hombre solitario cae, grave es su problema. Además, en noche fría, dos bajo una frazada mutuamente se dan calor; pero, ¿cómo se calentará el solitario? Y uno solo puede ser atacado y vencido, pero dos, espalda contra espalda, pueden resistir y triunfar; y tres son aún mejores, pues una cuerda triplemente trenzada no es fácil de romper. (Eclesiastés 4:9-12 LBAD).

Artículo condensado del libro Living on the Ragged Edge por Charles R. Swindoll, copyright (c) 1985, pgs. 131-141. Usado con permiso de Word Books, Publisher, Waco, Texas, primero en New Wine Magazine de Enero 1986.



Charles R. Swindoll es autor de por lo menos catorce libros y de la película *El pueblo de refugio*, y tiene un programa radial *Perspectiva para vivir que se oye en todo el mundo*. También es pastor de la Primera Iglesia evangélica libre en Fullerton, California, donde reside con su esposa Cynthia y su familia.

La oración del guerrero

La oración de Jesús es un plan de batalla para la victoria

Por Larry Lea

Es una realidad indiscutible. Dios tiene un ejército y está en guerra. Pero cuando muchos creyentes piensan en la guerra espiritual, rara vez tienen en mente la oración. Son adoradores cansados, no son guerreros. Cuando oran, susurran oracioncitas débiles: "Oh, Jesús, si es tu voluntad, por favor ayúdame." ¿Cómo lo sé? Porque hubo una vez que yo oraba así. Pero algo sucedió que cambió todo eso. Descubrí la oración del guerrero.

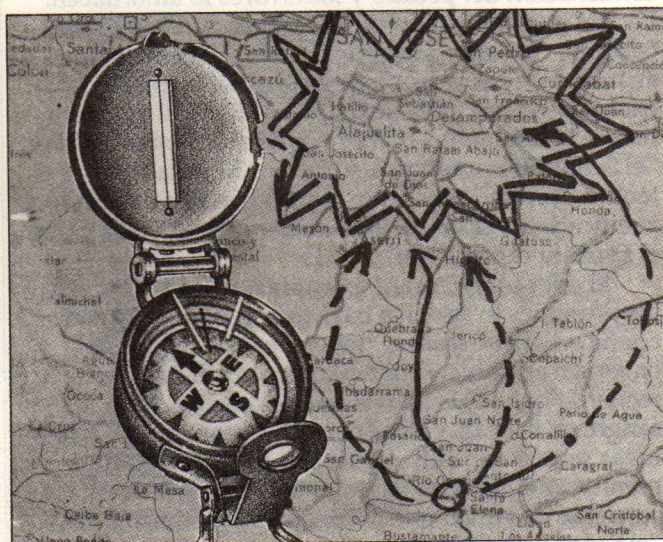
Estoy convencido que a lo que hemos llamado el "Padre nuestro" podría ser llamada la oración del guerrero y que cada una de sus frases se debe orar con una mentalidad de guerrero. Examinémoslas una por una.

Pero primero, arriesgando herir los sentimientos de alguno, me gustaría compartir una verdad vital. Mucha gente no ora en voz alta. Mi propia madre me dijo, un día, en confianza: "Larry, cuando yo oro no digo nada en voz alta. Sólo pienso lo que digo a Dios." Pero note las instrucciones de Jesús para orar: "Cuando oréis, decid..." (Lucas 11:2, cursivas del autor). No tenemos que orar en voz alta, pero hay un poder y un propósito cuando en verdad hablamos con Dios.

"Padre nuestro"

Note las palabras que Jesús nos instruyó que dijéramos: "Padre nuestro..." (Mateo 6:9). Las palabras son el idioma de un corazón que cree. El amor dice: "nuestro." La fe dice: "Padre." Dios no es una fuerza o una fórmula. Para el hijo de Dios, él es Padre. ¿Por medio de qué maravillosa provisión puede una frágil criatura humana, llena de fallas, llamar al gran creador y Dios, Padre? Las Escrituras declaran que Dios nos redimió, por la sangre vertida y la muerte sacrificial de su amado Hijo, para que pudiéramos ser adoptados en su familia. "Habéis recibido un espíritu de adopción como hijos; por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!" (Romanos 8:15). ¡Piense en ello! Dios es nuestro Padre y Jesús, su Hijo, nuestro hermano mayor.

Muchas personas se han visto, cara a cara, con algún matón y lo han hecho retroceder con la



mención de un padre fuerte y grande o de un hermano mayor fuerte. ¡Funciona! Jesús les dijo: "Vosotros, pues, orad de esta manera: *Padre nuestro...*" (Mateo 6:9, cursivas del autor).

Nos ayudará en nuestra lucha, una comprensión de los principios subyacentes de la oración. Veamos la promesa del Señor en Mateo 18:18:

En verdad os digo: todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo.

En el griego, esas palabras "será atado" y "será desatado" se refieren a cosas en un estado de haber sido ya prohibidas o permitidas en el cielo.

Una buena ilustración de este principio es la de una caja de depósitos de seguridad en el banco. Se requieren dos llaves para abrirla: una llave arriba y otra abajo. El banco tiene la llave de arriba y el dueño la de abajo. Igualmente con la oración, Dios tiene la llave de arriba y la usó cuando Jesús derramó su sangre y declaró: "Consumado es." Para usar la llave de abajo, debemos ponernos de acuerdo con lo que la sangre de Jesús ya compró para nosotros. Tengamos eso presente cuando examinemos cada una de las frases en la oración del guerrero: "Padre nuestro que

estás en los cielos, santificado sea tu nombre." (Mateo 6:9, cursivas del autor).

Ocho nombres de Dios

Yo santifico el nombre de Dios meditando en las ocho designaciones de su nombre compuesto, en el Antiguo Testamento. Cada una de ellas es cumplida en la persona y obra de Jesucristo.

Es en este punto que comienzan a diferir las oraciones del adorador cansado y del guerrero. El adorador cansado permite que la culpa y la condenación del pecado y los errores lo amordacen. Pero el guerrero recuerda el nombre de Dios *Jehová-tsidkenú*, "el Señor nuestra justicia," y confiesa y abandona su pecado, se apropia de la limpieza de Dios y descansa en la justicia de Cristo. El guerrero recuerda también el nombre de Dios *Jehová-m'kaddesh*, "el Señor que santifica," y clama: "El pecado no tendrá dominio sobre mí. Soy limpiado, santificado y justificado en el nombre de nuestro Señor Jesús y por el Espíritu de mi Dios."

El adorador cansado permite que los problemas y las presiones lo agobien bajo su peso, pero el guerrero confía en *Jehová-shalom*, "Jehová es paz," para su entereza, armonía y contentamiento. El guerrero recuerda que Jesús hizo la paz por medio de su sangre en la cruz, y tiene confianza para entrar en el lugar santísimo. Allí el guerrero se alegra en la plenitud del Espíritu Santo, mientras adora en la corriente de Aquel que mora en él, *Jehová-shammah*, "el Señor está allí."

El guerrero no retrocede ante nombres como cáncer, adulterio, u homosexualidad, porque conoce a Uno cuyo nombre es sobre todo nombre. Confiadamente se apropia de la sanidad física, espiritual y moral para sí mismo y para otros, porque sirve al "Dios tu sanador," *Jehová-rophe*. El guerrero esta confiado en su conocimiento que los latigazos que Cristo sufrió en sus espaldas, para nuestra sanidad, nunca perderán su poder para sanar.

Mientras el adorador cansado fracasa, el guerrero declara: "El me ha redimido de la maldición de la ley," y clama a *Jehová-yireh*, el Dios que se adelanta a ver sus necesidades y a hacer provisión para ellas. El guerrero no teme fracasar porque está consciente que Dios ha ordenado su éxito (vea Deuteronomio 28:1-13; Josué 1:7-9). Por lo tanto, confiadamente declara: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). El guerrero tampoco teme el conflicto con el enemigo porque *Jehová-nissi*, su estandarte y salvación, ha prometido estar con él en la lucha para librarlo. El guerrero se apresura a la batalla tras El, que abre el camino delante suyo, lo lleva de victoria en victoria y siempre hace que conquiste.

La muerte y el infierno no presentan una amenaza para el guerrero, porque su compañero y amigo es *Jehová-rohi*, "el Señor es mi pastor." El guerrero declara con calma: "Aunque pase por el valle de sombra de muerte no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo" (Salmo 23:4).

"Venga tu reino"

Después, el Señor nos enseñó a orar, diciendo: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad" (Mateo 6:10). En el griego, los verbos están en el comienzo de la frase para darles énfasis. Es como un hombre que se planta firme y decididamente.

En un negocio o en alguna relación, muchos de nosotros hemos dicho: "Hasta aquí llego yo. Las cosas se harán de esta manera. Estoy decidido." Esta es la idea en esas declaraciones. Por lo tanto, no es arrogancia ni presunción declarar: "¡Ven, reino de Dios! ¡Dios, haz tu voluntad!"

¿Qué es el reino de Dios? Pablo dice que "el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Por lo tanto, yo digo, "Señor, me apropio hoy de tu justicia, de tu paz y de tu gozo, para mí, para mi familia, mi iglesia y la nación." Oro por todas esas áreas, libero la voluntad de Dios y afirmo mi deseo que las prioridades de Dios sean preeminentes.

Jesús mismo nos instruyó para que orásemos de esa manera. El se plantó firme en el Calvario cuando derramó su sangre. Hizo una decisión sobre nuestro pecado, nuestras enfermedades, nuestro éxito y nuestra seguridad. Le dio vuelta a la llave de arriba. Ahora depende de nosotros el establecer nuestras voluntades y ponernos de acuerdo con lo que él ha hecho ya. Cuando damos vuelta a la llave de abajo, la puerta se abre. En cualquier situación que enfrentemos: nuestro matrimonio, finanzas, la salvación de nuestros seres queridos, un pecado agobiador, podemos pararnos firmes y decir: "¡Ven, reino de Dios! ¡Dios, haz tu voluntad! ¡No me conformo con nada más, ni nada menos, ni ninguna otra cosa que el reino y la voluntad de Dios!"

Antes de ir más adelante, quiero aclarar que la raíz de nuestras oraciones no debe ser egoísta. Deben salir de un deseo ferviente de glorificar a Dios y de una determinación intensa que Dios y su nombre no sean burlados.

Por lo tanto, cuando el guerrero ora: "Danos hoy el pan nuestro de cada día (Mateo 6:11), lo hace desde la siguiente perspectiva: "No permitiré más que el enemigo devore mi semilla. No tomaré el nombre del Señor *Jehová-yireh*, 'el Señor proveerá' en vano."

En esta parte de la oración, el guerrero debe cumplir con cuatro condiciones importantes. Debe estar en la voluntad de Dios y buscar primero el reino de Dios y su justicia; debe creer que es la voluntad de Dios prosperarlo, porque esto le dará confianza para acercarse diariamente al Señor con su petición.

Las otras dos condiciones se encuentran en la parábola que Jesús compartió con sus discípulos, en Lucas 11:5-8, en la conclusión de su enseñanza sobre esta oración. Jesús les contó sobre un hombre tenaz y persistente que pedía tres panes a su vecino. El no dijo: "Necesito que me prestes un poco de pan." Lo que dijo fue: "Préstame tres panes." De la misma manera, cuando el guerrero pide su pan cotidiano, debe ser tanto específico como tenaz en sus peticiones

"Perdónanos nuestras deudas"

Cuando oramos: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores" (Mateo 6:12), traemos al Espíritu santificador de Dios nuestras relaciones y nuestras actitudes hacia la gente, porque la amargura y la falta de perdón bloquean nuestra victoria y nuestro gozo, y nos hacen débiles e ineficaces en la guerra espiritual.

Las actitudes desobedientes hacen que nuestras mentes queden vulnerables a los ataques atormentadores del enemigo, por eso declaramos la guerra contra la falta de perdón, actitudes de juicio y la calumnia. Derribamos las fortalezas mentales y emocionales, echamos abajo las imaginaciones y llevamos cautivo todo pensamiento de desobediencia a Cristo.

Cuando nuestros espíritus y conciencias están limpios, Satanás pierde su fuerza. No declaramos *detente* con el enemigo; en su lugar, declaramos que sus días para robarnos han terminado. Rehusamos caer y jugar de muertos. Conocemos a nuestro maligno enemigo; por lo tanto obedecemos el mandamiento de Cristo y oramos: "No nos metas en tentación, mas líbranos del mal" (Mateo 6:13).

En el comienzo de cada día, hacemos con nuestra oración un cerco de protección alrededor de nosotros, nuestros seres queridos y nuestras posesiones. Verbalmente, nos ponemos toda la armadura de Dios. Nos ceñimos la cintura con la verdad, nos ponemos la coraza de justicia, nos calzamos los pies con el apresto del evangelio de la paz, nos ponemos el yelmo de la salvación y tomamos la espada del Espíritu y el escudo de la fe (vea Efesios 6:11-18); Romanos 13:12,14). Completamente revestidos con la armadura de Dios y rodeados por el cerco divino de protección, estamos firmes y seguros en la victoria que Jesús ha ganado para nosotros.

"Porque tuyo es el reino"

Regresamos a la alabanza al final de la oración. Mientras el guerrero adorador ora: "Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria para siempre" (Mateo 6:13), habla desde una perspectiva eterna, no desde una punto de vista de una alianza dividida e indecisa. Se recuerda a sí mismo que un buen soldado no se enreda en los asuntos de este mundo o trabaja para edificar su propio reino, poder y gloria. Más bien pelea la buena batalla de la fe.

Sí, Dios tiene un ejército y está en guerra. Como soldados en ese ejército, no participamos de juegos bélicos. Nos hemos enrolado en las santas filas de los guerreros veteranos

quienes por la fe conquistaron reinos... escaparon del filo de la espada; siendo débiles, fueron hechos fuertes, se hicieron poderosos en la guerra, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros (Hebreos 11:33-34).

Nuestro valiente comandante que conquistó a

Satanás, el pecado y la muerte para todos los hombres y llevó cautiva una hueste de cautivos cuando ascendió a lo alto, dejó órdenes directas para todos los que formaran parte de su ejército: "Vosotros, pues, orad de esta manera..." Es una oración para guerreros, no para adoradores cansados.

Somos los hijos y herederos de Dios. Nuestro conocimiento de lo que somos y lo que la sangre de Jesús ha comprado por nosotros provee un fundamento firme desde donde hacer la guerra espiritual. De manera que debemos reclamar nuestra herencia, pararnos firmes revestidos con la armadura de Dios, y entrar para poseer la tierra.



Larry Lea, pastor de Iglesia sobre la Roca en Rockwall, Texas, es también vicepresidente de asuntos espirituales y decano de la Escuela de teología y misiones de la Universidad de Oral Roberts.

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO PARA LA ACCION!

Vol.1, No. 15 — noviembre/diciembre 1989

Director: Hugo M. Zelaya
Editor: Noé Martínez Q.
Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA
es publicada bimestralmente por el
Centro Para Desarrollo Cristiano,
Teléfono: 36-50-80
Apartado 5551,
1000 San José, Costa Rica.

© Copyright 1989
Derechos Reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso de los editores.

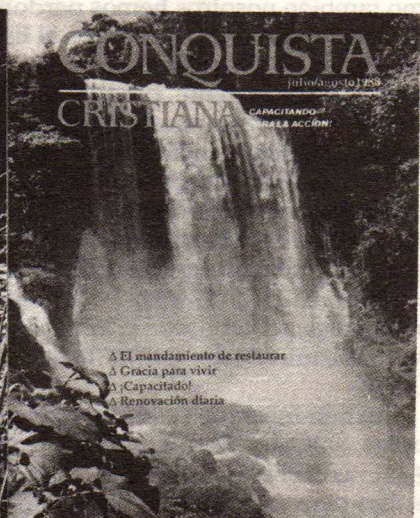
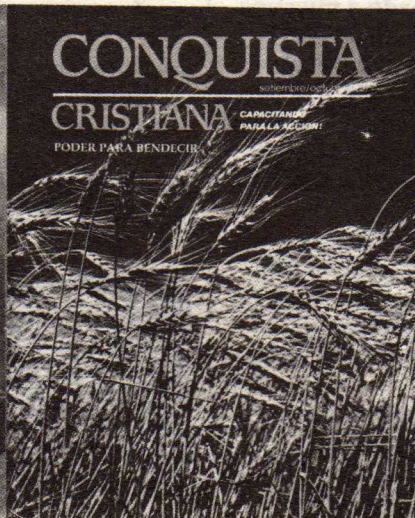
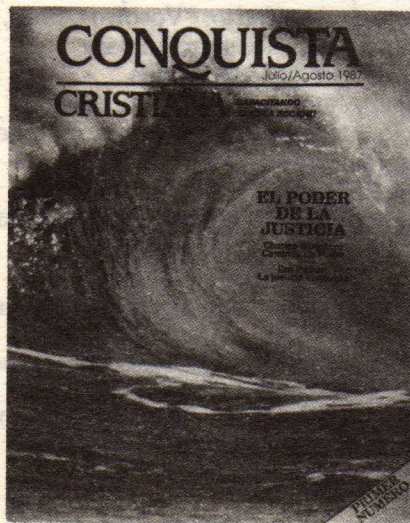
Los puntos de vista expresados en CONQUISTACRISTIANA
representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de
los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a
máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su
dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden
a la Biblia de las Américas, The Lockman Foundation.

Impresa en Costa Rica
por Litografía Costa Rica, S.A.



**Suscríbese hoy mismo:
envíe \$10**

(Contribución en dólares para 1 año)

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO

Teléfono 36-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica



Porte pagado
Permiso No.7